

“Pero —objeta Coulondre— Stalin jugó doble. El verdadero vencedor (en caso de guerra) será Trotsky. ¿Ha pensado Ud. en esto?”

“Ya sé —responde el fuehrer— Pero ¿por qué Francia e Inglaterra dieron a Polonia carta blanca?” etc.

Estos caballeros gustan de dar un nombre personal al espectro de la revolución. Pero claro que esto no es la esencia de esta dramática conversación, en el preciso momento en que se rompían las relaciones diplomáticas. “La guerra provocará inevitablemente la revolución”; el representante de la democracia imperialista, asustado hasta la médula, atemoriza a su adversario.

“Ya sé”, responde Hitler, como si ello fuera una cuestión decidida desde hace tiempo. “Ya sé”... ¡Sorprendente diálogo!

Ambos, Coulondre e Hitler, representan la barbarie que avanza sobre Europa. Al mismo tiempo, ninguno de ellos duda de que su barbarie será conquistada por la revolución socialista. Tal es ahora el estado de ánimo de las clases dirigentes de todos los países capitalistas del mundo. Su completa demoralización es uno de los elementos más importantes en la relación clasista de las fuerzas.

El proletariado tiene una dirección joven y débil aun, pero la dirección de la burguesía se pudre en vida. Al empezar una guerra que ellos no pudieron detener, estos caballeros están convencidos por adelantado del colapso de sus regímenes. Este solo hecho debe ser para nosotros la fuente de un invencible optimismo revolucionario.

Coyoacán, D. F.

Octubre 18, 1939.

L. Trotsky